





y las estratagemas de los indios, y comunicó su proyecto al capitán Alonso de Ojeda, encargándole de la ejecución. Se trataba de ir á buscar á Caonabo á sus posesiones, distantes más de setenta leguas, de aprisionarlo en medio de su pueblo, y traerlo á la Isabela. Para esto no podía enviarse mucha gente, por temor de excitar la desconfianza, y así, Ojeda escogió nueve ginetes, cuyo ánimo y fuerte brazo estaban probados. Con ellos se dirigió por el camino de Maguana, llevando al señor de la Casa de Oro un rico presente de parte del almirante, que aquél, no desconfiando de sus intenciones en razón á su corto séquito, recibió con placer.

Anteriormente, en ocasión que Caonabo rondaba los muros de la Isabela meditando la destrucción de la recién nacida colonia, un ruido desconocido, sonoro, vibrante y hueco, había penetrado en sus oídos á puestas del sol y en las amanecidas. Era la campana que tocaba el *Angelus*. Vió también que en seguida los españoles se dirigían á la Iglesia: y creído de que aquella voz misteriosa les obligaba á obedecer, hubiera dado cuanto poseía en el mundo por tenerla en sus montañas como lo manifestó. Conocedor Ojeda de esta circunstancia, invitó al cacique para venir á Isabela á trabar amistad con el guamiquina ó caudillo de los españoles, y le hizo saber, que, si quería, el guamiquina le regalaría el túrey de Vizcaya; que así llamaban los insulares á la campana, como también al cielo y á todo lo que tuviera relación con él.

No pudo resistir el señor de la Casa de Oro á la tentación y dispuso su viaje; pero llevando consigo la flor de sus guerreros. Y como Ojeda le manifestara que no se hacían visitas á la cabeza de un ejército, él le replicó con altivez que fuera indigno del señor de la Casa de Oro viajar con ménos aparato. El capitán español fingió ceder bajo el peso de esta razón, y se puso en marcha. Apenas llegados al río Yaque, sacó Ojeda de su mochila unas esposas de acero bruñido, cuyo brillo excitó la codicia del cacique que preguntó su uso. Ojeda le dijo que eran brazaletes de ceremonia que venían del túrey de Vizcaya, y que los soberanos de Castilla se ponían en las ocasiones solemnes, en los bailes, por ejemplo; y le propuso se adornara

con ellos, después de bañado en el río, y se mostrara luego á los ojos de su ejército, montado en un caballo, como un rey del túrey. Gozoso en extremo puso al cacique la sola idea de hacerse ver de su pueblo de aquella manera; y no pudiendo sospechar que en medio de sus vasallos corriese peligro por parte de diez hombres solamente, hizo alejar un tanto las tropas, se bañó, y al fin, engalanándose con las abriantadas esposas se dejó montar á caballo, á la grupa de Ojeda. El capitán, entonces, obligó á hacer corbetas á su caballo alargando cada vez más la línea de sus evoluciones que forzaba naturalmente á retroceder á los indios, y no bien estuvo en los límites del bosque, salió al galope, alcanzándolo los suyos á rienda suelta. En esto los españoles, desenvainando las espadas, amenazaron á Caonabo con la muerte si hacía un movimiento ó daba un grito, lo ataron con cuerdas fuertemente á Ojeda y en seguida rompieron á escape por el camino de Isabela.

La distancia que había que recorrer era todavía de cincuenta leguas y tenían que dar grandes rodeos para evitar muchas aldeas y que velar sin interrupción ni descanso todos los movimientos del prisionero. Necesitaron pasar á nado ríos y arroyos, atravesar pantanos y trepar por montañas sin camino abierto, rendidos de insomnio, de cansancio y de hambre. Los caballos estaban estenuados. Al fin alcanzaron la Isabela, sin que Ojeda hubiese abandonado á Caonabo, é hicieron alto en la puerta de la casa de gobierno, habitación del almirante, en cuyas manos lo entregó. Encantado Colón del buen éxito de este golpe de mano, dispuso se tratara con mucha consideración al cacique, señalándole por cárcel su propia casa, teniendo cuidado, sin embargo, de añadir cadenas á las fascinadoras esposas, sin cuya precaución el cacique se habría escapado.

Léjos de parecer agobiado por el accidente, el señor de la Casa de Oro amenazaba y con tono altanero procuraba exasperar el orgullo castellano, jactándose de haber asesinado á los españoles, destruido el fortín de la Navidad, y preparado la misma suerte á los habitantes de la Isabela. Cuando el almirante entraba en su



prisión fingía no verle y no hacía el menor movimiento; pero, si por el contrario, se presentaba Ojeda se levantaba en seguida, saludándolo con respeto; que su audacia estaba tan conforme con las extratagemas de guerra de los caribes, apoyadas siempre en el engaño y el disimulo, que el señor de la Casa de Oro experimentaba involuntaria admiración por su vencedor, hallaba el atentado heroico, y cuando se le decía que era prisionero del almirante y no de Ojeda, y que de consiguiente al almirante y no á Ojeda, debía manifestar respeto, contestaba que Ojeda lo había cogido y que el almirante no se hubiera atrevido á apoderarse de él en medio de su pueblo.

La prisión del señor de la Casa de Oro, el gran Caonabo, había herido de estupor á los habitantes de la isla que, en el primer momento, quedaron atónitos por do quiera.

El cacique tenía tres hermanos, uno sobre todos, Manicatex, tuerto, pero hombre á propósito para la guerra: reunió un cuerpo de cinco mil flecheros, y envió emisarios á varios caciques para hacer una leva general contra los españoles, mientras Caonabo, buscando el modo de vengarse por una estratagema, se quejó al almirante de que, aprovechándose de su arresto, los caciques vecinos de sus estados maltrataban á sus vasallos, y le suplicó tuviese á bien acorrerlos, enviando algunos soldados á varios puntos de su territorio, con la esperanza de que su hermano Manicatex los sorprendería, los haría prisioneros para obtener un canje y libertarlo, ó que al ménos los pasaria á cuchillo, lo que facilitaría la exterminación del resto del resto de los extranjeros. Pero Colón tuvo cuidado de mandar, en vez de hombres aislados, un fuerte destacamento, bajo las órdenes de Ojeda, lo cual dió en tierra con los planes del cacique.

Sabia el almirante que, á excepción de Guanagari, iban todos los habitantes de la isla á levantarse, y resolvió no permanecer más tiempo en la inacción.

El 24 de Marzo, á pesar de no hallarse completamente restablecido, se puso en campaña con un efectivo de doscientos infantes y veinte caballos, seguidos de algunos lebreles. El in-

ofensivo Guanagari, á la cabeza de sus guerreros, lo acompañaba también, cumpliendo su promesa. Formó el almirante en dos cuerpos su pequeño ejército, con el objeto de dividir la multitud de enemigos que percibió apenas entrado en Vega Real, y que se elevaban, dicen, á más de cien mil hombres. Manicatex, por su parte, había separado diestramente sus tropas en cinco cuerpos, que debían ocupar las cinco salidas de la llanura, apoyarse y reunirse cuando el pequeño número de españoles marchando contra ellos hubiera pasado por el espacio dejado libre, y entonces, extendiéndose, acorralar y sofocar con ellos el puñado de hombres, que las descubiertas habían calificado despreciativamente de puñado de granos de maíz.

La maniobra del almirante hizo inútil la táctica del guerrero Manicatex, pues por su orden su hermano D. Bartolomé las embistió resueltamente con cien peones, mientras que los otros cien arremetían con ímpetu sobre la izquierda, y que el esforzado Ojeda se precipitaba con sus veinte caballos al grueso del ejército. El choque de los ginetes rompió todas las líneas, y el fuego de los arcabuces, y las terribles heridas de las espadas españolas hicieron general la derrota, que los perros se encargaron de completar con sus furiosos ladridos y dentelladas. Los indios, aterrados, se arrojaban de rodillas, pidiendo gracia, y uno de los hermanos de Caonabo quedó prisionero, y fué á participar de la suerte del señor de la Casa de Oro, juntamente con gran número de otros indios.

Esta batalla aseguró por algún tiempo la tranquilidad general, inspirando tal idea del poder de los extranjeros, que poco después, cuando un español solo y sin armas pasaba por lugares apartados, los indígenas casi se prosternaban á sus plantas en señal de reverencia y servidumbre.

Prosiguió su marcha victoriosa el almirante por muchas partes de la isla, manteniendo la disciplina militar entre sus soldados, y administrando justicia á los indígenas, á quienes su presencia protegía ya contra los insultos. En seguida, para tomar garantías contra una nueva confederación de caciques, resolvió cons-



truir tres fortalezas en las más importantes posiciones de la Vega: levantó sus planos y las puso por nombres Catalina, Esperanza y Concepcion; ésta, principalmente, había de ser formidable. Salvo Behechio, cuñado del señor de la casa de Oro, que permanecía tranquilo en su más apartado retiro, los grandes caciques se habían sometido, y se ofrecían, casi de su grado, á pagar un tributo á Castilla, tributo que esperaban se reduciría á una insignificante contribucion en productos vegetales ó en servicios para los trabajos de construccion emprendidos por los españoles.

Pero el tesoro español queria indemnizarse de los gastos que le ocasionáran las dos expediciones, y el almirante necesitaba probar que el P. Boil, Fermin Zedo el conocedor de metales, Pedro Margarit y la turba de desertores, mentaban contra los hechos de la naturaleza, contra la evidencia. Y como enviar oro á España era el único y mejor medio de animar á los reyes á proseguir el descubrimiento de las regiones desconocidas, y de acumular así lo necesario para la redencion de los Santos Lugares, decretó la contribucion siguiente:

Cada habitante de los distritos de Cibao y de la Vega, de más de catorce años de edad, debería pagar, cada tres meses, al administrador de la real Hacienda, una cantidad de oro en polvo ó grano que pudiera caber en un cascabel de alcon.

Solo el tuerto Manicatex estaba además obligado á pagar, cada tres meses, media calabaza llena de oro, lo que equivalia á unos ciento cincuenta escudos.

En las provincias que no poseian minas auríferas, el tributo consistia en cien libras de algodón al año, por individuo. Guarionex, rey de la Vega, ofreció pagar el impuesto en cereales en vez de oro, pretextando que sus vasallos no sabian cogerlo en los rios de sus estados, pero Colon desestimó la propuesta y mantuvo el tributo en oro.

Algunos historiadores han tildado de rigurosa, de imprudente y de avara la medida de Colon. Las Casas, como ardiente defensor de los indios, no podia dejar de levantarse y clamar contra el primer impuesto que hayan tenido

que soportar, y llama la atencion sobre las ventajas de la oferta de Guarionex, que iba á cultivar una llanura fértil de cincuenta y cinco leguas de extension, y que con una cosecha hubiera podido proveer á Castilla para diez años. Pero no era trigo lo que necesitaba Castilla; el rey Fernando pedia oro y no cereales, y el pretexto dado por Guarionex no era admisible, ni aún en nuestros tiempos hubiera satisfecho á ningun jefe de administracion.

El almirante se veia obligado á pedir oro. El historiógrafo real Herrera comprendió perfectamente las dificultades y embarazos de su situacion. «Como Colon, dice, era extranjero, estaba solo y poco protegido por los ministros de los Reyes Católicos, sabia perfectamente que lo que debía conservar de preferencia eran las riquezas, y así hacia mas caso del oro que de ninguna otra cosa. Por lo demas, se portaba como verdadero y buen cristiano y temeroso de Dios, de suerte que rebajó los tributos,» etc. (1). En efecto, los redujo á la mitad, y los indios no tuvieron que llevar en adelante más que el contenido de medio cascabel.

A pesar de esto, una negra tristeza se iba extendiendo en la mayor parte de la Española.

Los servicios demandados á sus vasallos por los caciques no eran sino de corta duracion y se limitaban á algunos insignificantes derechos de caza y pesca, á un poco de casave y algodón y al servicio de las armas en tiempo de guerra. Al alimento casi exclusivamente vegetal de los pueblos no se daba el más mínimo vigor, no se ocupaban de ningun trabajo penoso, y la mayor parte del tiempo lo pasaban sestean-do y en juegos y bailes, ya que la previsora naturaleza proveia á sus principales necesidades. Los del litoral se abismaban en una contemplacion visionaria y estéril á orillas del mar, mientras que los de los valles y montañas del interior, mataban el tiempo á la sombra de los árboles, refiriendo consejas, cantando ó bailando (2). Tenian poetas transeuntes y galantea-

(1) Herrera, *Historia general de las Indias*, Década I, lib. II, cap. XVII.

(2) Los estrechos límites que nos hemos trazado nos impiden describir aquí las costumbres primitivas y el carácter original de estos pueblos. Aquellos de nues-



dores, que referian aventuras de los caribes, é historias de brujas. Estos trovadores forasteros, famosos decidores de noticias, reemplazaban con sus piés su falta de arpas ó bandolinas, y traducian en los diversos idiomas de la isla las poesias de la célebre Anacaona (1), cuyo nombre significaba flor de oro.

La reina Anacaona, la bella entre las bellas, la dulce, la inspirada, la ingeniosa creadora de los grandes bailes y de los deliciosos poemas conocidos bajo el título de Areytos, seducida, fascinada por el denuedo del aventurero Caonabo, quien, segun Colon, era persona de no escaso entendimiento (2), le habia dado su mano en premio de su valor. Un prestigio de irresistible encanto y de dominio intelectual rodeaba la fama de la hermosa Anacaona. Su misterioso nombre llegaba á los españoles, atravesando por las frondosas florestas de Jaragua, en que la reina idolatrada se retirara junto á Behechio su hermano, despues que le arrebataron su esforzado esposo, el señor de la Casa de Oro. El baile absorbía, por decirlo así, una parte de la vida de los insulares, y habia sufrido grandes modificaciones, diferentes segun los distritos, y tenía un carácter nacional y nombres muy expresivos. Anacaona acababa de aumentar su importancia por medio del papel literario y escénico que le destinaba.

Si el trabajo era penoso para estas constituciones endebles y frágiles que participaban de la existencia fugaz de las flores y de las aves, la regularidad de las faenas no se hacia ménos

tros lectores que deseen conocer los hábitos indolentes y poéticos de la isla Española, la antigua Haití, hallarán el fiel retrato de la civilizacion de los indígenas, los *igneris*, en la interesantísima obra de Mr. Fernando Denis, titulada: *Ismael ben Kaizar*, novela histórica en que la invencion no es más que un adorno añadido á la realidad, á la finura de la observacion y á la exactitud de la pintura. *Ismael ben Kaizar, ó el descubrimiento del Nuevo Mundo*, 1829.

(1) «Quæ in componendis areytis, id est rhythmis, vates habebatur inter egregios.»—Petri Martyris Anglerii, *Occanæ, Decadis primæ*, liber nonus, fol. 63.

(2) Fernando Colon. *Historia del almirante* cap. LXI.

repugnante á aquellos pueblos, enemigos de todo cuanto fuera obligacion, y entre los cuales, la pereza, ni era vicio ni defecto, sino formaba un modo de vivir. Preguntaban los indígenas inocentemente á los españoles cuándo pensaban volver al turey; pero viendo levantarse sus construcciones de piedra y observando que despachaban sus bajeles sin embarcarse, comprendieron que los extranjeros se habian establecido en su país y que se verian obligados á servirlos, se creyeron esclavos y cayeron en la más profunda melancolía.

Convencidos de su impotencia para expulsarlos con las armas en la mano, imaginaron deshacerse de ellos por hambre. Como los españoles eran grandes comedores y desde hacia mucho tiempo no habian recibido provisiones, y tenían un número considerable de enfermos, creyeron los indígenas destruirlos abandonándolos á ellos mismos. Al efecto cesaron de cultivar la tierra, arrancaron hasta los árboles frutales, y se retiraron á las montañas, esperando encontrar en ellas, en las raíces, las frutas salvajes, las utias, los pájaros y los peces de los arroyos, un alimento suficiente á su habitual frugalidad.

Este complot de abstinencia y alejamiento se llevó á cabo sin obstáculo; pero á costa de los que lo habian concebido, que, refugiados en las sofocantes prominencias de las montañas, cuyo aire, más frio y húmedo, aumentaba sus necesidades, y sin que pudieran establecerse en parte alguna, pasaban las noches expuestos á la intemperie: las raíces, las frutas silvestres que encontraban por do quiera, no bastaban para mantener á pueblos que huian sin cesar, temerosos de los españoles; y las privaciones, el cansancio, la insalubridad de los bosques en que la excesiva vegetacion vicia la atmósfera á causa de la gran cantidad de carbónico que exhala, engendraban enfermedades de carácter endémico, que diezaban á los emigrantes, mientras los españoles encontraron recursos en la pesca á orillas del mar, en las embocaduras de los rios, y en las provisiones que les llegaron repentinamente de Castilla.